

Consagración al Inmaculado Corazón de María
Hecha por el Papa Juan Pablo II — Marzo 25.1984
(Texto adaptado para el tiempo presente)

Recurrimos a tu protección Santa Madre de Dios en unión con la Iglesia, el Papa y nuestros obispos. Recordamos las palabras del Señor: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 19-20).

Por lo tanto, Oh Madre de los hombres y de todos los pueblos, tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, tú que como Madre conoces las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad, que aflige al mundo moderno, acepta nuestra súplica que dirigimos a tu Corazón movidos por el Espíritu Santo. Abraza con tu amor de Madre y Sierva del Señor, este nuestro mundo humano, que te confiamos y consagramos, llenos de inquietud por el destino terrenal y eterno de los hombres y de todos los pueblos.

De manera especial te confiamos y consagramos aquellos hombres y naciones que están particularmente necesitados de esta ayuda y consagración.

“Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios”: no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades.

Aquí estamos, ante ti Madre de Cristo, ante tu Inmaculado Corazón, deseando, junto con toda la Iglesia unirnos a la consagración que, por amor a nosotros, tu Hijo hizo al Padre: “Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad” (Juan 17,19). Queremos unirnos a nuestro Redentor, en esta consagración por el mundo y por la humanidad, que, en su divino corazón, tiene el poder de obtener el perdón y asegurar la reparación.

El poder de esta consagración dura para siempre y, abarca a todos los hombres, pueblos y naciones; venciendo todo mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de despertar en el corazón del hombre o en su historia y que, de hecho, ha despertado en nuestro tiempo.

¡Cuán profundamente sentimos la necesidad de consagrar la humanidad y el mundo - nuestro mundo contemporáneo- en unión con el mismo Cristo! Ya que la obra redentora de Cristo debe ser compartida en el mundo por medio de la Iglesia.

¡Seas bendita por encima de todas las criaturas, tú, la Sierva del Señor, que obedeciste plenamente a la llamada divina! ¡Te saludamos a ti, que estás completamente unida a la consagración redentora de tu Hijo!

¡Madre de la Iglesia, ilumina al Pueblo de Dios, en el camino de la fe, la esperanza y el amor! Ilumina especialmente a los pueblos que necesitan de nuestra consagración y entrega. Ayúdanos a vivir en la verdad de la consagración de Cristo por toda la familia humana del mundo contemporáneo.

Al encomendarte Oh Madre el mundo, cada persona y todos los pueblos, también te encomendamos esta consagración del mundo, depositándola en tu corazón maternal:

¡Oh, Corazón Inmaculado! ¡Ayúdanos a vencer las amenazas del mal, que tan fácilmente echa hoy raíces en los corazones de los hombres, y cuyos efectos inconmensurables ya pesan sobre nuestra vida actual pareciendo bloquear los caminos que conducen al futuro!

- Del hambre y de la guerra, líbranos Señora.
- De la guerra nuclear, de la incalculable auto-destrucción, de todo tipo de guerra, líbranos Señora.
- De los pecados contra la vida humana desde su concepción, líbranos Señora.
- Del odio y de la degradación de la dignidad de los hijos de Dios, líbranos Señora.
- De toda clase de injusticia en la vida de social, tanto nacional como internacional, líbranos Señora.
- De la tentación a incumplir los Mandamientos de Dios, líbranos Señora.
- De los intentos de sofocar en los corazones humanos la misma verdad de Dios, líbranos Señora.
- De la pérdida de la conciencia del bien y del mal, líbranos Señora.
- De los pecados contra el Espíritu Santo, líbranos Señora.

Acoge Oh Madre de Cristo este grito lleno del sufrimiento de todos los hombres, cargado con el sufrimiento de todas las sociedades.

Ayúdanos con el poder del Espíritu Santo a vencer todo pecado: el pecado personal y el “pecado del mundo”; todas las manifestaciones del pecado.

Que se revele una vez más en la historia del mundo, el infinito poder salvífico de la Redención: ¡El poder del Amor Misericordioso! ¡Que este poder detenga el mal! Que transforme las conciencias. ¡Que tu Inmaculado Corazón revele a todos la luz de la esperanza!

Amén.